

PARQUE JURÁSICO



**MICHAEL
CRICHTON**

En esta espectacular novela, los dinosaurios vuelven a conquistar la Tierra. En una isla remota, un grupo de hombres y mujeres emprende una carrera contra el tiempo para evitar un desastre mundial provocado por la desmedida ambición de comercializar la ingeniería genética. Pero todos los esfuerzos resultarán vanos cuando el inescrupuloso proyecto quede fuera de control y el mundo a merced de unas bestias monstruosas...

Parque Jurásico, la novela más célebre de Michael Crichton y una de las más leídas en los últimos años, fue adaptada al cine por Steven Spielberg en una película que se convirtió en el gran acontecimiento cinematográfico de 1993 y en el origen del fenómeno de masas llamado «dinomanía».

Los reptiles son aborrecibles a causa de su cuerpo frío, su color pálido, su esqueleto cartilaginoso, su piel inmundada, su aspecto feroz, su mirada calculadora, su fetidez, su voz áspera, la sordidez de los sitios en los que habitan y su terrible veneno: he aquí la razón por la que su Creador no ejerció sus poderes para hacer muchos de ellos.

LINNEO, 1797

No se puede hacer que vuelva atrás una nueva forma de vida.

ERWIN CHARGAFF, 1972

Introducción

El incidente «InGen»

El final del siglo XX fue testigo de una «fiebre del oro» científica de asombrosas proporciones: la urgencia precipitada y frenética por comercializar ingeniería genética. Esta empresa avanzó con tanta rapidez, con tanto dinero, con tan pocos comentarios externos, que apenas sí se llegaron a comprender sus dimensiones y consecuencias.

La biotecnología promete la revolución más grande de la historia humana. Para fines de esta década habrá dejado muy atrás la energía atómica y los ordenadores en cuanto al efecto que habrá de ejercer sobre nuestra vida cotidiana. Como lo expresó un observador, «la biotecnología va a transformar todos los aspectos de la vida humana: nuestros servicios médicos, nuestra alimentación, nuestra salud, nuestras diversiones, nuestro cuerpo mismo. Nada volverá a ser igual. Literalmente, va a cambiar la faz del planeta».

Pero la revolución biotecnológica difiere de las transformaciones científicas anteriores en tres aspectos importantes:

Primero, está muy difundida. Norteamérica entró en la Era Atómica a través del trabajo de una sola institución investigadora, en Los Álamos. Entró en la Era de los Ordenadores a través de los esfuerzos de alrededor de una docena

de compañías. Pero hoy las investigaciones biotecnológicas se llevan a cabo en más de dos mil laboratorios sólo en Norteamérica. Quinientas compañías de gran importancia gastan cinco mil millones anuales en esta tecnología.

Segundo, muchas de las investigaciones son irreflexivas o frívolas. Los esfuerzos por producir truchas más pálidas para que sean más visibles en el río, árboles cuadrados para que sea más fácil cortarlos en tablones y células aromáticas inyectables para que una persona tenga siempre el olor de su perfume favorito pueden parecer una broma, pero no lo son. En verdad, el hecho de que se pueda aplicar la biotecnología a las industrias tradicionalmente sujetas a los vaivenes de la moda, como las de los cosméticos y el tiempo libre, hace que crezca la preocupación por el uso caprichoso de esta poderosa tecnología nueva.

Tercero, no hay control sobre las investigaciones. Nadie las supervisa. No hay legislación federal que las regule. No hay una política estatal coherente ni en Norteamérica ni en parte alguna del mundo. Y, dado que los productos de la biotecnología van desde medicinas hasta nieve artificial, pasando por cultivos mejorados, resulta difícil instrumentar una política inteligente.

Pero más perturbador es el hecho de que no se encuentren voces de alerta entre los científicos mismos. Resulta notable que casi todos los que se dedican a la investigación genética también comercian con la biotecnología. No hay observadores imparciales. Todos tienen intereses en juego.

La comercialización de la biología molecular es el acontecimiento ético más pasmoso de la historia de la ciencia, y tuvo lugar con velocidad desconcertante. En el transcurso de los cuatrocientos años que han transcurrido desde Galileo, la ciencia siempre avanzó en forma de investigación libre y abierta del funcionamiento de la Naturaleza. Los científicos siempre pasaron por alto las fronteras de las naciones, manteniéndose por encima de las preocupaciones

transitorias de la política e incluso de las guerras. Los científicos siempre se rebelaron contra la imposición del secreto sobre las investigaciones, y hasta fruncieron el ceño ante la idea de patentar sus descubrimientos, al considerarse a sí mismos trabajadores para el beneficio de toda la Humanidad. Y, durante muchas generaciones, los descubrimientos de los científicos gozaron, por cierto, de la cualidad de ser peculiarmente desinteresados.

Cuando, en 1953, dos jóvenes investigadores de Gran Bretaña, James Watson y Francis Crick, descifraron la estructura del ADN, se aclamó su trabajo como un triunfo del espíritu humano, de la búsqueda multiseccular para entender el universo de manera científica. Se esperaba, confiadamente, que el descubrimiento de Watson y Crick se brindaría desinteresadamente para mayor beneficio de la Humanidad.

Sin embargo, eso no ocurrió. Treinta años más tarde, casi todos los colegas científicos de Watson y Crick estaban dedicados a otra clase completamente diferente de proyecto: las investigaciones sobre genética molecular se habían convertido en una vasta empresa comercial que entrañaba muchos miles de millones de dólares, y los orígenes de esta empresa se pueden localizar no en 1953, sino en abril de 1976.

Ésa fue la fecha en la que se celebró una, ahora famosa, reunión, en la que Robert Swanson, capitalista de empresas de riesgo, se acercó a Herbet Boyer, bioquímico de la Universidad de California. Los dos hombres acordaron fundar una compañía comercial para explotar las técnicas de fusión de genes desarrolladas por Boyer. La nueva compañía que constituyeron, «Genentech», pronto se convirtió en la más grande de las empresas pioneras de ingeniería genética, y la de mayor éxito.

De repente pareció como si todo el mundo quisiera volverse rico. Compañías nuevas se anunciaban con frecuencia casi semanal, y los científicos salían en tropel para explotar

las investigaciones genéticas. Para 1986, por lo menos trescientos sesenta y dos científicos (incluidos sesenta y cuatro pertenecientes a la Academia Nacional de Ciencias) figuraban en las juntas de asesoramiento de las empresas dedicadas a la biotecnología. La cantidad de los que gozaban de participación en acciones, o que estaban a cargo de oficinas consultoras, era varias veces mayor.

Es necesario hacer hincapié en cuán importante era, realmente, este cambio de actitud: en el pasado los científicos dedicados a la investigación pura adoptaban un punto de vista esnob en cuanto a la aplicación comercial; consideraban la búsqueda de dinero carente de interés en el aspecto intelectual y sólo apta para tenderos. Y realizar investigaciones para la industria, aun en los prestigiosos laboratorios de la «Bell» o de «IBM», era nada más para aquellos científicos que no habían podido conseguir el nombramiento como profesores en una Universidad. De esta manera, la actitud de los científicos que hacían investigación pura era fundamentalmente crítica ante el trabajo de los colegas que hacían investigación aplicada, y ante la industria en general. Su prolongado antagonismo mantuvo a los científicos universitarios libres de lazos contaminantes con la industria y, cada vez que surgía el debate sobre cuestiones tecnológicas, se contaba con científicos imparciales que discutían los temas al más alto nivel.

Pero eso ya no es verdad. Hay muy pocos biólogos moleculares y muy pocas instituciones de investigación que estén exentos de vínculos comerciales. Los días de antaño acabaron. Las investigaciones genéticas prosiguen, y con un ritmo más furibundo que nunca. Pero en secreto, con prisa y para obtener lucro.

En este clima comercial, probablemente resulta inevitable que haya surgido una compañía tan ambiciosa como «International Genetic Technologies, Inc.», de Palo Alto. Asimismo

mo, tampoco sorprende que la crisis genética que desencadenó no se haya denunciado. Después de todo, las investigaciones de la «InGen» se llevaron a cabo en secreto; el incidente real tuvo lugar en las regiones más remotas de América Central; menos de veinte personas estuvieron allí para atestiguarlo... y de ellas sobrevivió nada más un puñado.

Incluso al final, cuando «International Genetic Technologies» presentó solicitud de protección según el Capítulo 11 en el Tribunal Superior de San Francisco, el 5 de octubre de 1989, las actuaciones atrajeron poca atención de la Prensa. Parecía algo tan común: «InGen» era la tercera pequeña compañía norteamericana dedicada a la bioingeniería que fracasaba ese año, y la séptima desde 1986. Pocos documentos del juicio se dieron a la publicidad, ya que los acreedores eran consorcios inversores japoneses, como «Hamaguri» y «Densaka», compañías que, tradicionalmente, rehúyen la publicidad. Para evitar una innecesaria divulgación, Daniel Ross, de «Cowan, Swan and Ross», asesoría jurídica de «InGen», también representaba a los inversores japoneses. Y la petición bastante insólita del vicedónsul de Costa Rica se oyó a puerta cerrada. Por eso no puede sorprender que, en el espacio de un mes, los problemas de «InGen» se resolvieran callada y amistosamente.

Las partes que intervinieron en ese acuerdo, comprendida la distinguida junta científica de asesores, celebraron un convenio de no divulgación de los hechos, y ninguno va a hablar de lo que sucedió, pero muchas de las principales figuras del «incidente InGen» no eran signatarias del convenio y estaban dispuestas a discutir los notables sucesos que desembocaron en esos tres días de finales de agosto de 1989 en una isla remota situada frente a la costa oeste de Costa Rica.

Prólogo

La mordedura del Raptor

La lluvia tropical caía formando grandes láminas que mojaban hasta el tuétano, martilleaban sobre el techo acanalado del edificio de la clínica y bajaban con un rugido por los canales, esparciéndose por el suelo como un torrente. Roberta Carter suspiró y miró con fijeza por la ventana. Desde la clínica apenas sí podía ver la playa, o el océano que se extendía más allá, envueltos en una niebla baja. No era eso lo que había esperado cuando llegó a la aldea pesquera de Bahía Añasco, en la costa oeste de Costa Rica, para pasar dos meses como médica visitadora. Bobbie Carter había esperado el sol y el reposo después de dos agotadores años de residencia en el departamento de urgencias del «Michael Reese» de Chicago.

Llevaba tres semanas en Bahía Añasco. Y había llovido todos los días.

Todo lo demás estaba bien; le gustaban el aislamiento de Bahía Añasco y la cordialidad de su gente. Costa Rica tenía uno de los veinte mejores servicios médicos del mundo y, aun en esa remota aldea costera, la clínica estaba bien mantenida y ampliamente abastecida. Su auxiliar médico, Manuel Aragón, era inteligente y estaba bien prepara-

do. Bobbie podía practicar la medicina a un nivel igual al de Chicago.

¡Pero la lluvia! ¡La constante, interminable lluvia!

Al otro lado del consultorio, Manuel levantó la cabeza:

—Escuche —dijo.

—Créeme, la oigo —repuso Bobbie.

—No. *Escuche.*

Y entonces lo oyó. Otro sonido mezclado con la lluvia, un rugido sordo que aumentaba y surgía hasta que se oyó con claridad. El rítmico golpeteo de un helicóptero. Bobbie pensó: «No pueden estar volando con un clima así».

Pero el sonido aumentaba de modo continuo y, entonces, el helicóptero irrumpió volando bajo a través de la niebla del océano y rugió en lo alto, describió un círculo y volvió. Bobbie vio al helicóptero oscilar hacia atrás sobre el agua, cerca de las barcas pesqueras, para después avanzar lentamente de costado hacia el destartalado muelle de madera y, otra vez, volver hacia la playa.

Estaba buscando un sitio para aterrizar.

Era un «Sikorsky» panzudo, con una banda azul en el costado interrumpida por las palabras «InGen Construction». Ése era el nombre de la compañía constructora que estaba erigiendo un nuevo centro de recreo en una de las islas de mar adentro. Se decía que el centro era espectacular y muy complicado; a muchos de los lugareños se les había empleado en la construcción, que estaba en marcha desde hacía más de dos años. Bobbie se lo podía imaginar: una de esas inmensas zonas de recreo norteamericanas, con piscinas y campos de tenis, donde los huéspedes podían jugar y beber su daiquiri sin tener contacto alguno con la verdadera vida del país.

Bobbie se preguntaba qué era tan urgente en esa isla para que el helicóptero volara con ese tiempo. A través del parabrisas vio al piloto lanzar un suspiro de alivio cuando el helicóptero se asentó en la húmeda arena de la playa. Hombres uniformados salieron de un salto y abrieron de

golpe la gran puerta lateral. Bobbie oyó gritos frenéticos en español, y Manuel le dio un leve codazo.

Estaban solicitando un médico.

Dos tripulantes negros transportaban un cuerpo laxo hacia Bobbie, mientras un hombre blanco ladraba órdenes. El hombre blanco llevaba un impermeable amarillo; su cabello rojo surgía alrededor del borde de su gorra de jugador de béisbol de los Mets.

—¿Hay un médico aquí? —le vociferó a Bobbie, gritando sobre la lluvia mientras la médica subía a la carrera.

—Soy la doctora Carter —contestó ella.

La lluvia caía en forma de pesadas gotas, que golpeteaban sobre la cabeza y los hombros de la médica. El hombre pelirrojo la miró frunciendo el entrecejo. La joven llevaba vaqueros recortados, un chaleco que dejaba al descubierto su abdomen y tenía un estetoscopio, con la campana de auscultación ya oxidada por el aire salado.

—Ed Regis. Tenemos un hombre muy enfermo, doctora.

—Entonces es mejor que lo lleven a San José. —San José era la capital, a tan sólo veinte minutos de distancia por aire.

—Lo haríamos, pero no podemos pasar sobre las montañas con este clima. Tiene usted que atenderle aquí.

Bobbie trotaba junto al hombre herido; era un chico de no más de dieciocho años. Al levantarle la camisa empapada de sangre, le vio un gran desgarrón cortante a lo largo del hombro y otro en la pierna.

—¿Qué le pasó?

—Accidente de construcción —gritó Ed—. Se cayó. Una de las excavadoras le pasó por encima.

El chico estaba pálido, con escalofríos, inconsciente.

Manuel estaba en pie junto a la puerta verde brillante de la clínica, agitando las manos. Los hombres llevaron el cuerpo al interior y lo colocaron sobre la mesa que había en

el centro de la habitación. Manuel inició la colocación de una sonda intravenosa y Bobbie dirigió la lámpara sobre el muchacho, inclinándose para examinar las heridas. De inmediato pudo ver que no tenía buen aspecto. Era casi seguro que moriría.

Una gran laceración se extendía desde el hombro, bajando por el torso. En el borde de la herida, la carne estaba hecha pedazos. En el centro, el hombro estaba dislocado, los pálidos huesos expuestos. Un segundo tajo cortaba profundamente los gruesos músculos del muslo, lo suficientemente hondo como para dejar al descubierto la pulsación de la arteria femoral, que estaba debajo. Parecía que la pierna del muchacho hubiera sido desgarrada.

—Cuéntame cómo fue —pidió Bobbie.

—No lo vi —dijo Ed—. Dicen que la excavadora le arrastró.

—Es como si le hubiera destrozado un animal —comentó Bobbie Carter, sondeando la herida. Como la mayoría de los médicos de las salas de primeros auxilios, Bobbie podía recordar con gran detalle los pacientes que había visto, incluso a los de hacía años. Había visto dos ataques con desgarramiento. Uno correspondía a un niño de dos años, atacado por un perro rottweiler. El otro, a un empleado de circo borracho, víctima de un desafortunado encuentro con un tigre de Bengala. Ambas heridas eran similares. El ataque de un animal tenía un aspecto característico.

—¿Despedazado por un animal? —dijo Ed—. No, no. Fue una excavadora, créame. —Ed se lamía los labios mientras hablaba. Estaba inquieto, comportándose como si hubiera hecho algo malo. Bobbie se preguntaba por qué. Si estaban empleando obreros locales inexpertos para la construcción del centro de recreo debían de tener muchos accidentes.

Manuel preguntó:

—¿Quiere un lavado?

—Sí —contestó Bobbie—. Después de que le hagas un torniquete.

Se inclinó todavía más, sondeando la herida con las yemas de los dedos. Si una excavadora le hubiera pasado por encima, habría tierra profundamente introducida en la herida. Pero no había tierra, sólo una espuma resbaladiza, viscosa. Y la herida tenía un olor extraño, una especie de hedor a podrido, un olor a muerte y putrefacción. Bobbie nunca había olido algo así antes.

—¿Cuánto tiempo hace que ocurrió?

—Una hora.

Una vez más, advirtió la tensión de Ed Regis. Una vez más, se preguntó el por qué. Era un tipo de hombre ansioso, y no tenía la apariencia de ser capataz de construcción; más bien parecía un directivo. Resultaba evidente que estaba fuera de su ambiente.

Bobbie Carter volvió a las heridas. Por alguna razón, no creía estar viendo traumatismos de origen mecánico. Sencillamente no tenían el aspecto correcto, no había contaminación con tierra en el lugar de la lesión; tampoco el componente indicador de lesión por aplastamiento. Los traumatismos mecánicos de cualquier clase —un accidente de automóvil, un accidente laboral— casi siempre presentaban algún componente de aplastamiento. Pero aquí no lo había. En vez de eso, la piel del joven estaba desgarrada —arrancada en jirones— en sentido transversal en el hombro y también en el muslo.

Realmente, parecía el destrozo producido por un animal. Pero, por otro lado, la mayor parte del cuerpo carecía de marcas, lo que era inusitado en el ataque de un animal. Bobbie volvió a examinar la cabeza, los brazos, las manos...

Las manos.

Sintió escalofríos cuando miró las manos del chico: había pequeños cortes en ambas palmas y magulladuras en las muñecas y los antebrazos. Bobbie había trabajado sufi-

ciente tiempo en Chicago como para saber lo que significaban.

—Muy bien —dijo—. Espere fuera.

—¿Por qué? —preguntó Ed, alarmado. No le gustaba.

—¿Quiere que ayude, o no? —repuso ella, y le sacó por la puerta empujándole y se la cerró en la cara. Bobbie no sabía lo que pasaba, pero no le gustaba. Manuel vaciló:

—¿Sigo lavando?

—Sí —le contestó Bobbie, y tendió la mano en pos de su pequeña Olympus para toma de instantáneas. Sacó varias de la herida, desplazando la lámpara para obtener una vista mejor. «Realmente parecen mordeduras», pensó. En ese momento, el muchacho lanzó un quejido, y Bobbie puso la cámara a un lado y se inclinó hacia él. Los labios del herido se movían, la lengua estaba seca:

—*Raptor* —dijo—. *Lo sa raptor...*

Ante esas palabras, Manuel quedó paralizado y dio un paso atrás, espantado.

—¿Qué significa lo que ha dicho? —preguntó Bobbie.

Manuel negó con la cabeza:

—No lo sé, doctora. *Lo sa raptor...* no es español.

—¿No? —A ella le parecía español—. Entonces, por favor, sigue lavándole.

—No, doctora. —Manuel frunció la nariz—. Mal olor. —Y se santiguó.

Bobbie volvió a mirar la espuma viscosa que, como una veta, se extendía sobre la herida. La tocó, frotándola entre los dedos. Casi parecía saliva...

Los labios del muchacho se movieron:

—*Raptor* —susurró.

Con tono asustado, Manuel dijo:

—Le mordió.

—¿Qué le mordió?

—*Raptor*.

—¿Qué es un *raptor*?

—Significa *jupia*.

Bobbie frunció el entrecejo. Los costarricenses no eran muy supersticiosos, pero ella había oído ya antes que en la aldea se hablaba de las jupias. Se decía que eran espectros nocturnos, vampiros sin cara que secuestraban niños pequeños. Según la creencia, las jupias antaño habían vivido en las montañas de Costa Rica, pero ahora habitaban las islas de mar adentro.

Manuel retrocedía, murmurando y santiguándose:

—Este olor no es normal —decía—. Es la jupia.

Bobbie estaba a punto de ordenarle que regresara al trabajo, cuando el joven herido abrió los ojos y se sentó, con la espalda enhiesta, sobre la mesa. Manuel lanzó un alarido de terror. El muchacho herido gimió y volvió la cabeza, mirando a derecha e izquierda con ojos desorbitados y, en ese momento, vomitó sangre en forma explosiva. Inmediatamente empezó a convulsionarse; su cuerpo vibraba y Bobbie tendió las manos para agarrarle, pero el enfermo, debido a las convulsiones, cayó de la mesa al suelo de hormigón. Volvió a vomitar. Había sangre por todas partes. Ed abrió la puerta, diciendo:

—¿Qué demonios está pasando? —Y, cuando vio la sangre, giró sobre sus talones, con la mano en la boca. Bobbie trataba de coger un palo para introducirlo en las mandíbulas apretadas del muchacho, pero, mientras lo hacía, sabía que no había esperanza, y, con una última sacudida espasmódica, el muchacho se relajó y quedó inmóvil.

Bobbie se inclinó para practicarle la respiración boca a boca, pero Manuel la aferró por el hombro con furia, tirándola hacia atrás:

—No —dijo—. La jupia se va a meter en usted.

—Manuel, por el amor de Dios...

—¡No! —La miraba fijamente, con intensidad—. No. Usted no entiende estas cosas.

Bobbie miró el cuerpo caído en el suelo y se dio cuenta de que no importaba, de que no había posibilidad de resucitarlo. Manuel llamó a los hombres, que entraron en la ha-